

EL DISEÑO DEL NUEVO ORDEN ECONÓMICO INTERNACIONAL

Los horrores y la destrucción de la segunda conflagración mundial sobrepasaron con creces los de la primera. En cambio, la inestabilidad y la crisis de la economía mundial del período de entreguerras no tuvieron ningún eco en la segunda posguerra. Justo al revés, tras una veloz reconstrucción económica, el mundo —y no sólo Occidente— se vio propulsado al mayor crecimiento económico jamás vivido. ¿Cómo es posible que las consecuencias de la segunda guerra mundial fuesen tan distintas, o, mejor dicho, opuestas a las de la primera cuando aquélla resultó mucho más costosa y devastadora que ésta? La paradoja es sólo aparente y tiene fácil explicación. A diferencia de treinta años atrás, la segunda posguerra mundial se afrontó con una firme voluntad de cooperación económica por parte de los gobernantes de los países occidentales, principalmente, de Estados Unidos, por un lado, y de Gran Bretaña, por otro.

El estallido de la segunda guerra mundial dio un vuelco a la actitud de los responsables políticos de las principales potencias aliadas occidentales acerca de cómo debían desarrollarse las relaciones económicas entre los países en tiempos de paz. La concatenación de la Gran Depresión con el conflicto bélico sacudió las conciencias de los gobernantes de las democracias amenazadas, que aprendieron en ese duro trance las «lecciones de la historia». No deberían reclamar deudas de guerra, con el fin de evitar la asfixia de las economías languidecientes de los estados beligerantes; Estados Unidos no debería caer de nuevo en el error de replegarse y permanecer indiferente ante las necesidades de ayuda financiera de los países en reconstrucción; y, finalmente, sería necesario establecer unas reglas de juego aceptables y aceptadas por todos que conjurasen el peligro de una repetición de las políticas de «empobrecer al vecino» —combinación de proteccionismo extremado con devaluaciones competitivas—, que con tanto ahínco se practicaron en los años 1930, y que sumieron al mundo en la peor recesión conocida.

Este último reto hizo indispensable que la comunidad internacional se dotase de una nueva arquitectura institucional que pudiera garantizar un comercio multilateral libre y un sistema de pagos internacional estable y capaz de absorber los desequilibrios externos de los países. Cuando menos así lo pensaban Estados Unidos y el Reino Unido, los dos líderes de la economía internacional y bastiones del bloque aliado. Por ello, desde 1941 trabajaron en el diseño del sistema económico de posguerra. Llegaron a un acuerdo sobre el proyecto tres años más tarde y exhortaron a los otros países a adherirse a él. A tal fin convocaron una conferencia económica internacional, que se celebró en junio de 1944 en la población norteamericana de Bretton Woods. El marco institucional allí aprobado tuvo excepcional importancia, y no porque a partir de entonces se adecuasen a él las relaciones económicas internacionales. Si bien el nuevo orden financiero y comercial no sirvió para solucionar los perentorios problemas de balanza de pagos que tenían planteados los

países en' la inmediata posguerra, sí tuvo la virtud de definir el entorno en que idealmente deberían operar el comercio, los movimientos de capital y los pagos exteriores. Tanto es así que Bretton Woods fijó un horizonte hacia el cual debían encaminarse las políticas comerciales y cambiarias, horizonte que, con algunos cambios, aún hoy sigue plenamente vigente.

Los acuerdos de Bretton Woods consistieron en la creación de tres nuevas instituciones supraestatales: la Organización del Comercio Internacional (OCI), el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). La primera tenía como cometido potenciar un comercio libre y no discriminatorio. Pero eso se reveló bien pronto como una tarea de titanes. De hecho, la OCI no llegó a nacer, y el vacío debió cubrirse mediante un acuerdo, más flexible y de competencias limitadas —el Acuerdo General de Aranceles y Comercio (conocida por el acrónimo inglés: GATT)—, que ha sobrevivido hasta la reciente creación de la Organización Mundial del Comercio. Dicho acuerdo promovió, a través de sucesivas rondas negociadoras, una progresiva liberalización del comercio mundial. Por su parte, el BM tenía por objeto contribuir a la financiación de aquel tipo de inversiones a largo plazo estratégicas para el desarrollo económico que no son atendidas por el capital privado, además de coadyuvar a la reconstrucción económica de las naciones devastadas por la guerra. Su labor fue prácticamente inapreciable en este segundo campo, y muy modesta al principio en el primero, si bien fue ganando importancia con el tiempo. Pero la pieza fundamental del entramado levantado en Bretton Woods era el FMI que se encargó de la defensa de un sistema cambiario de tipos fijos, aunque ajustables. Para ello podía prestar, de forma condicionada, asistencia financiera a los países que sufriesen déficits en sus cuentas exteriores para así evitar el fácil recurso a la alteración del tipo de cambio para ganar inmediata competitividad en el exterior y mejorar, vía aumento de las exportaciones, las balanzas comerciales y de cuenta corriente. Quienes idearon el entramado institucional de Bretton Woods concibieron el FMI como el instrumento que permitiría combinar óptimamente la disciplina —los cambios fijos y la convertibilidad de las divisas— con la flexibilidad, confirmando así mayor estabilidad y predictibilidad al sistema monetario internacional. La realidad no se acomodó a sus previsiones, tanto en el corto plazo como en el muy largo (de los años 1970 en adelante). Sin embargo, sin el FMI y sin las otras instituciones mencionadas el mundo habría conocido un crecimiento económico indudablemente menor durante la segunda mitad del siglo xx. Las relaciones económicas internacionales hubieran sido mucho más inciertas e inestables, afectando negativamente a los movimientos internacionales de bienes, servicios y factores productivos.

En el corto plazo, los acuerdos fijaron unos plazos (dos años desde la finalización completa de la guerra) para que los países que habían sufrido la guerra reconstruyeran, ordenaran y estabilizaran sus economías, y las abrieran a los flujos internacionales de mercancías y de capitales. Sin embargo, las medidas adoptadas en

Bretton Woods empalidecieron, en la memoria de los contemporáneos, ante el empuje y la publicidad concedidas al Plan Marshall.

A. Carreras, "El siglo XX entre rupturas y prosperidad (1914-2000)" en *Historia Económica de Europa, siglos XV-XX*, pp. 385-386.